

Trazando caminos: diversidad cultural y apropiación de espacios en la Ciudad de México

*Lore Aresti de la Torre**

*Martha Angélica Olivares Díaz***

Resumen

A partir del análisis de la organización nacional Asamblea de Migrantes Indígenas, este trabajo pretende pasar más allá del análisis usual del proceso de migración para incluir los niveles subjetivos. El migrante siempre se obliga a vivir una ruptura forzada de los niveles más íntimos y básicos de su vida. Se obliga a vivir una especie de muerte de sí mismo, y un sufrimiento desarraigante y profundo en cuanto tiene que cambiar el mundo interior que ha construido. El migrante intentará sobrevivir la ruptura de este mundo interior por medio de la construcción y reconstrucción de su historia, entre el aquí, en donde está ahora, el allí de su pasado, y la memoria de su tierra original bien amada.

Palabras clave: migración, organizaciones e indígenas.

Abstract

This paper, through the analysis of a national organization of internal indigenous immigrant Asamblea de Migrantes Indígenas will try to go beyond the usual analysis of the migration process to include the subjective levels. The immigrant always faces a forced break-up with the most basic intimate levels of his life. He faces a sort of death of the self, and an uprooting and profound suffering in as much as he (she) has to change the world view around which he (she) has built his inner world. He will try to survive the rupture of his world with the construction and reconstruction of his history, between the here in which he is now and the there from his past; and the remembrance of his loved original land.

Key words: migration, organizations and indigenous.

* Profesora-investigadora en el Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

** Maestra en Desarrollo Rural, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

...ser indígena, y a partir de ahí encontrar los puntos comunes, cómo se combinan y se encuentra una tercera posibilidad, al final de cuentas entendemos que estamos en nuevas condiciones de vida, en otros espacios, ni siquiera rurales, son totalmente urbanas y que dentro de esto debemos encontrarle alguna salida.

Hombre purépecha
Asamblea de Migrantes Indígenas de la Ciudad de México

Introducción

Mucho se ha abordado en la actualidad el fenómeno migratorio de individuos o comunidades indígenas a escala internacional, principalmente a los Estados Unidos; las formas de migrar, las redes que se tejen y las transformaciones sociales que van ocurriendo conforme este fenómeno avanza; sin embargo se ha dejado de lado el tema de la migración interna, principalmente hacia las grandes ciudades, si bien durante la época de la industrialización era un tema en creciente investigación debido al contexto social. Con la crisis económica y en la agroindustrialización, los estudios sobre este fenómeno se dejaron un poco de lado, pues estos lugares dejaron de ser el principal atractivo para los actores rurales, lo cual hizo que la investigación social dejara estos estudios bajo la lupa de la urbanización o bien se dirigiera hacia otras novedades, como la migración rural-rural, en casos como el de los jornaleros.

En este trabajo se pretende abrir nuevamente una arista del complejo problema que sigue siendo la migración interna y las diversas problemáticas, transformaciones y particularidades que ésta representa para las ciudades y para el país.

La migración interna, o mejor dicho, ser migrante en el propio país, presenta ante los ojos de la investigación y de la realidad social una compleja discusión teórica y de abordaje metodológico, pues que muchos actores sociales se vivan como extranjeros y ajenos ante una aparente nación homogénea y un estado de derecho igualitario, su-

braya la necesidad de regresar a las viejas interrogantes sobre la inclusión y exclusión de lo indio en México, no sólo en términos abstractos o de estado de derecho, sino en las prácticas cotidianas y en la relación con todos los actores sociales que conforman la sociedad, incluyendo las relaciones entre ellos mismos.

Por ello, hablar de la cuestión indígena hoy en día nos remite a echar un vistazo a la historia, al pasado y a una larga lista de exclusiones y marginaciones que vivieron, y siguen viviendo, los grupos indígenas en toda América Latina, y más específicamente en nuestro país. Desde la Conquista –con el choque cultural que enfrentaron– hasta la Colonia se vieron subordinados al gobierno de la corona española, después –durante el México independiente– quedaron fuera del proyecto de nación, y hasta nuestros días han sido negados y excluidos de diversos espacios de la realidad nacional.

Dentro de este contexto nos preguntamos qué implica ser indígena en la actualidad, en espacios urbanos y con nuevos elementos, en una realidad donde lo conocido se vuelve cada vez más incierto y las condiciones políticas, económicas y sociales se dan en un mundo cada vez más globalizado y desterritorializado, en el cual se vuelve difícil identificar los tiempos y los espacios y donde parece que se nos escapan los sujetos.

Decimos que se nos escapa el sujeto porque cada vez se vuelve más difícil dar cuenta de la gran complejidad de expresiones colectivas e individuales de los “nuevos sujetos sociales” que emergen en el escenario social, sus historias, sus contextos particulares, sus tiempos y los actores que de ellas participan. Y es en ese sentido que la historia y los sujetos se construyen día a día, en la cotidianidad de las prácticas, en el ir y venir de los actores sociales a partir de una serie de elementos que logran conjugarse y coincidir de manera determinada.

En este trabajo consideramos que uno de los elementos centrales que ha impulsado esta transformación y movilidad social es la migración, la cual plantea una multiplicidad de escenarios complejos, problemáticas históricas que se han ido agudizado y que en el transcurrir de los años se han ido construyendo diversidad de formas y respuestas que han dado como resultado transformaciones en las acciones de los migrantes y de los espacios a los que llegan.

Estas transformaciones no sólo han puesto en juego la identidad de estos sujetos, sino también han generado alternativas para los mismos, ya que durante el proceso de adaptación y apropiación a los nuevos espacios, se generan choques culturales, territoriales, sociales, políticos e ideológicos, frente a los cuales se contemplará la construcción de nuevos espacios para reproducir-se, reapropiar-se y crear proyectos a futuro acordes a su propia visión del mundo.

Desde esta perspectiva, las realidades y los espacios tienen múltiples y particulares maneras de ser leídos y percibidos, cada cual le da una interpretación, lo cual supone la existencia de realidades distintas, productos de construcciones sociales, históricas y particulares, por tanto cada sujeto interpreta desde sus vivencias y experiencias aquello que constituye su mundo.

De estas formas particulares de leer los espacios, es que los grupos indígenas establecidos en lugares distintos al de origen construyen y reconstruyen su identidad en la interacción constante con otros indígenas o no indígenas, proceso que pretendemos abordar y reflexionar en este trabajo con un grupo de indígenas migrantes pertenecientes a diferentes etnias y concentrados en una organización denominada Asamblea de Migrantes Indígenas de la Ciudad de México (AMI), cuya intención es reivindicar la reproducción de las identidades indígenas en otros espacios, en este caso la Ciudad de México.

Migración, una doble lectura

La migración ha estado históricamente condicionada a los resultados de las políticas y economías encaminadas a la industrialización, así como al progreso de las ciudades a costa del abandono y explotación del campo. Ante el reciente proceso de globalización, en donde las fronteras se encuentran cada vez más diluidas, este fenómeno se ha tornado cada vez más complejo y es necesario considerar a la migración, junto con otros factores, como la identidad o la cultura del sujeto en su capacidad de sujeto activo y partícipe de la realidad y la transformación social.

En este sentido, las migraciones son más que un mero mecanismo de redistribución de la población que se adapta al reordenamiento de las actividades económicas y políticas; los migrantes son más que las remesas del capital, son más que su excedente, pues con la experiencia migratoria se adecuan y se apropian nuevos espacios que transforman la identidad de los sujetos migrantes y los espacios que ocupan, y sus prácticas culturales cobran nuevos sentidos y significados.

La exclusión, el deterioro ecológico de las tierras, el caciquismo, los conflictos político-sociales dentro y fuera de las comunidades, la falta de tecnologías, la pobreza extrema, la falta de oportunidades educativas, la nuevas zonas de agroindustria, el crecimiento demográfico, entre otras problemáticas, han llevado a muchos sujetos a la búsqueda de nuevos lugares para la subsistencia y para la expresión de sus prácticas.

Sin embargo, más que reforzar una visión simplista del fenómeno migratorio en donde los grupos menos favorecidos se ven en la necesidad de migrar por determinantes económicas, en este trabajo tenemos la intención de comprender la complejidad de este fenómeno, lo cual nos obliga a abordar la migración desde distintos focos y desde las propias experiencias de los sujetos migrantes, es decir, desde su identidad.

Por ello, es innegable que las formas de migrar y sus razones han comenzado a diversificarse, tanto en lo que se refiere a los lugares como a los motivos; el tiempo y los sujetos que migran también se multiplican. Un ejemplo son las mujeres que han comenzado a migrar, las hijas, las madres y la familia entera se van a Estados Unidos, a las ciudades nacionales, a ser obreras, jornaleras, trabajadoras domésticas, o a realizar otras actividades. En cuanto a los motivos, se van porque necesitan dinero, porque no tienen tierra, porque quien migró se llevó a la familia, porque es una práctica ya tradicional en sus comunidades, porque se convierte en un ritual de iniciación para los jóvenes, o por ser una forma de acceso a la educación.

De esta manera, la figura del migrante ya no es una figura única, repetible y homogénea, sino que existe una gran heterogeneidad de sujetos sociales en distintos tiempos históricos y contextos, con múltiples historias, de diferentes lugares, con diferentes costumbres, lenguas, memorias, figuras de mundo y que migran de diversas maneras.

En esta diversidad migratoria, los sujetos adquieren en la interacción con otros, nuevos aprendizajes y transformaciones que modifican su manera de ver el mundo y a sí mismos.

Los migrantes están llenos de experiencias y de expectativas, las cuales han adquirido en su deambular por el mundo, en su articulación y desarticulación por distintos lugares y con distintas personas; habitar, hablar, comer, vivir en todas estas realidades les da una conciencia, un razonamiento y una ubicación frente al mundo.

Estas experiencias hacen que se recreen nuevas identidades y aparezcan en el escenario sujetos con nuevas estrategias que adquieren a través de la vida cotidiana, en los vínculos familiares y comunitarios, con los otros, con lo diferente, en las actividades productivas, en la búsqueda de sobrevivencia, en los nuevos trabajos y nuevos roles, en la vida en la comunidad y fuera de ella, en los diferentes espacios de arribo y permanencia

Esto ha llevado a una cambiante composición cultural y étnica en todos los territorios del país y se ha modificado en las décadas recientes por una acelerada movilización social, cuya trascendencia aún es imposible de explicar por la dificultad de cuantificar que parte de la población se encuentra radicando temporal o definitivamente fuera de las regiones que tradicionalmente ocupaba y que las corrientes migratorias se han orientado hacia nuevos lugares de arribo.

Las diversas historias de la migración atraviesan diferentes dimensiones más allá de lo físico o lo material que significa dejar el terruño y el lugar de origen, pues debemos tomar en cuenta una dimensión más subjetiva, en donde el migrante experimenta un desgarramiento y una ruptura de maneras distintas que van desde el cómo y para qué llegaron a la ciudad, hasta sus logros, alcances y limitaciones que han vivido durante su estancia en ella.

Por ello la experiencia migratoria, así entendida, integra no sólo la dimensión real de abandonar el terruño, sino que implica toda una experiencia subjetiva de desarraigo, en donde los sujetos en su tránsito a otros lugares, viven experiencias que van transformando su forma de ver la realidad. En ello, mucho influye el cómo se migra: la edad, el género, el tiempo, solo o con la familia, la clase social, la pertenencia étnica, el lugar de arribo, etcétera.

Podríamos decir que la migración involucra siempre a un viaje hacia lo desconocido y constituye, sí, una estrategia de sobrevivencia que procura experiencias nuevas al migrante, pero también tiene otras implicaciones no sólo de orden estructural.

La migración de por sí, implica siempre un rompimiento forzoso, un desarraigo, un sufrimiento, una muerte, pues la forma de ver el mundo se transforma al tiempo que tratará de sobrevivir en la construcción y reconstrucción de una historia entre lo sagrado y lo profano, entre un aquí y un allá, en el entrañable origen que le dio existencia.

Llegar a otro lugar, les da la membresía de extraños, “de otros”, por ello es necesaria la memoria, el allá de donde son, parte de una comunidad, de un terruño, de una historia, y desde ahí saberse, verse, imaginarse y construirse hacia un futuro.

Cuando se abandona el lugar de origen y referencia, casi siempre está la esperanza de regresar, cuando se sale existe la posibilidad de volver a su tierra natal para mejorar las condiciones de vida, para juntar dinero para la siembra, para la casa, para la familia, para la comunidad, etc., pero persistentemente está latente el deseo por el terruño que les vio nacer, aquel que constituyó su diferencia cultural para negarla o reivindicarla.

Sin embargo este proceso tiene doble direccionalidad, en donde se conocen y se aprehenden otros lugares y nuevas prácticas, pero también los sujetos que migran no sólo se movilizan de un lugar a otro, sino que trasladan con ellos todo un repertorio de prácticas, conocimientos e ideologías que determinan el carácter de su estancia en el lugar de arribo, además de su reproducción y estrategias para permanecer en los nuevos espacios.

Su mundo, aquel que conocían, se distorsiona, se amplía, se complejiza con el encuentro de otras formas de vida, culturales, sociales, organizacionales, políticas, en fin una interminable lista de nuevas relaciones.

Re-apropiación de los territorios

En este sentido, partimos de la idea que lo territorial no se refiere únicamente a un espacio físico, sino a la ruptura de las limitaciones que éste impone y a la posibilidad de escapar de los lugares que le han sido asignados como propios —el indígena pertenece a la selva, a la sierra, al campo... pero no a las ciudades.

Es importante resaltar esto como uno de los elementos centrales a considerar, ya que el trabajo acerca de lo rural involucra no sólo a la población que se mantiene establecida en el campo, sino a todas aquellas que por razones diversas tienen la necesidad de migrar a las grandes ciudades y que no suelen ser consideradas como rurales por su condición actual, siendo excluidas tanto del escenario social urbano como del rural. Idea fundada por la vieja dicotomía entre el campo y la ciudad que ha llevado a que la composición pluricultural de la cual está conformada la nación no sea reconocida ni siquiera en las grandes urbes como la Ciudad de México, en la cual habita un porcentaje relevante de indígenas, tanto de pueblos indígenas originarios y poblaciones indígenas migrantes que la transitan y conforman.

Bajo estas circunstancias, los indígenas en la Ciudad de México son pueblos y poblaciones que se han mantenido ocultos o mimetizados y que se reproducen en medio del ambiente hostil de una ciudad que no ha reconocido todavía su rostro plural y las particularidades de todos sus actores.

Ello se ve reflejado en la falta de políticas de gobierno específicas destinadas a atender las necesidades de pueblos originarios y migrantes indígenas, los cuales son vistos únicamente como grupos vulnerables o folclóricos.

Este desconocimiento no sólo está dado por parte del gobierno, pues también la mayoría de los habitantes no indígenas de la ciudad ejerce un desconocimiento de estos sujetos y una discriminación y exclusión basada en su pertenencia étnica.

Esto los ha llevado a luchar ante diversas formas de exclusión y violencia de la que son objeto, creando estrategias desde lo colectivo y formando de redes de contención para aminorar y combatir esta exclusión.

La Asamblea de Migrantes Indígenas de la Ciudad de México es una expresión de la creación de estrategias colectivas y de redes de contención en un proyecto que intenta reivindicar la identidad indígena y generar autonomía, recuperación de la vida comunitaria, reconocimiento y participación intercultural en conjunción con la ciudad.

Con este objetivo conformaron un grupo con los representantes de diversos grupos organizados pertenecientes a comunidades indígenas o pueblos, donde se reúnen y discuten cómo lograr abrir un espacio autónomo para lo indígena y para sus grupos en la Ciudad de México, consolidar su vida en comunidad y fortalecer su identidad, es decir, construir un espacio comunitario para todos los indígenas migrantes.

La organización tiene un número de 25 a 40¹ integrantes aproximadamente, que son quienes pertenecen al organigrama principal y participan en las diferentes comisiones, sin embargo hay quienes se integran temporalmente en proyectos y tienen una actividad itinerante en la organización o con otras organizaciones.²

El propósito de crear la asamblea fue, y sigue siendo, enfrentar el choque que sufrieron al llegar a la ciudad, con la discriminación, la violencia, el individualismo, lo cual se traduce en uno de los objetivos de la asamblea, que es cambiar el concepto y el valor del indígena, pues ellos se asumen como parte de la globalización:

[...] indígenas del siglo XXI, ancestrales pero actuales en la práctica, asumiendo y adaptando el pensamiento y los conocimientos occi-

¹ Este número no es permanente y depende de diversos factores, como proyectos actividades de cada uno de los integrantes, entre los que están los triquis, mixes, náhuas, mazahuas, wiwarricas, mixtecos, purépechas, nahñus, entre otros.

² Algunas de las organizaciones que participan en la AMI son: Lucha Triqui, Organización de Traductores, Intérpretes Interculturales, Gestores de Lenguas Indígenas, Fuerza Indígena Migrantes y Originarios, Grupo Cerro Mixteco, la Mansión Mazahua, Alianza de Vecinos Indígenas, Coordinación de Oaxaqueños Radicados en el DF y Área Metropolitana, Organización Mazahua de San Antonio Pueblo Nuevo, Expresión Cultural Mixe Xaam, Unión de Artesanos Indígenas y Trabajadores No Asalariados, Centro de Derechos Humanos Yaxkin A.C., Grupos Étnicos del Valle de Chalco, Comunidad Yalalteca en el Valle de México, entre otras.

dentales pues creen que no están peleados, sino más bien se conjugan, se intercalan y se interrelacionan para fortalecer su conocimiento y sus prácticas (hombre zapoteco, AMI.)

El problematizar la función de los espacios ocupados por los grupos sociales nos sirve para indagar acerca de los procesos de cambio que éstos sufren en un devenir, en donde surge la necesidad de su distribución y su regulación, es decir, la reconfiguración de sus acciones en el pasado, el futuro y el presente, o bien la memoria, la posibilidad y el actuar en el aquí y el ahora vinculado con un allá, resultado de estas dimensiones anteriores.

Sin embargo, muchas veces los proyectos y las expectativas de los migrantes son vistas sólo con un sentido inmediato o urgente de sobrevivencia que su cotidianidad les exige; el imperativo es la sobrevivencia como una constante que regula en gran medida las actividades que éstos realizan en los espacios en los que se encuentran.

Por otra parte, estos grupos se convierten en un problema social, político y económico, pues rompen constantemente con los usos y las representaciones institucionalizadas al proponer nuevas formas de apropiación, prácticas y uso de los espacios, nuevas formas de relacionarse, de resistencia y formas de vida.

Los sujetos migrantes que se establecen en los nuevos espacios los transforman y reivindican convirtiéndolos en espacios novedosos y privados, es decir, son espacios preexistentes de carácter público y circunstancialmente ocupados por estos grupos, que inician un proceso de apropiación y que posibilitan su resignificación y reconfiguración conforme a una cotidianidad específica y concreta.

El nuevo lugar permite entonces, que se reconstruyan posibilidades, utopías, búsquedas para su desarrollo; es decir, un lugar de encuentros e intercambios entre diferentes pueblos y tradiciones culturales. Con ello se abren posibilidades de organización y reivindicación dentro y fuera del “territorio”, porque a los migrantes no los limita el espacio geográfico, lo llevan en la memoria, intentan reproducir sus prácticas comunitarias a donde quiera que van, resignifican sus formas de vida y su ser.

Lo anterior nos plantea una serie de procesos de alienación o transformación que involucran no sólo a aquellos que se movilizan, sino a todo el contexto en el que se introducen por la magnitud de los desplazamientos poblacionales. Esto hace necesario reconocer que los grupos migrantes tienen un papel importante en la reconfiguración de los nuevos espacios y de la vida cotidiana de sus lugares de origen.

La migración se ha convertido en parte fundamental para la sobrevivencia y permanencia de muchas comunidades e infinidad de familias; un ejemplo claro son las zonas agrícolas indígenas o mestizas que sobreviven principalmente por las remesas de migrantes tanto nacionales como internacionales. De esta manera, en muchas comunidades el dinero que reciben sirve para continuar con la siembra, la producción de artesanías, las fiestas, la construcción de escuelas y obras públicas en general. Recursos sin los cuales esto sería imposible.

La mayoría de los que se van mantienen un contacto con su lugar de origen, ya sea por medio de remesas de un regreso periódico o por medio de tecnologías (teléfono, Internet), pero el vínculo permanece de cierta manera. Es interesante observar cómo se dan estas transformaciones, ya que permite darnos cuenta de cómo se tejen las redes y cómo se amplían y transforman los territorios, pues al salir de la comunidad no disminuye ni desaparece su población, sino que se amplía.

Pero estas transformaciones no sólo se dan con los propios miembros de la comunidad, pues, como ya se mencionó, estas movilizaciones abren un sinfín de posibilidades y entrecruzamientos con otras culturas, lo que ha llevado a los sujetos al diálogo y a la confrontación con otros grupos sociales.

Ahora bien, el creciente fenómeno de la migración ha desatado un sinfín de discusiones acerca de su origen y efectos económicos, sociales, políticos, etc. Pero en relación con los procesos identitarios, la migración plantea complejidades más abstractas y sutiles.

Se ha hablado del carácter desterritorializado de los sujetos migrantes, de identidades líquidas e indeterminadas, de individuos que han perdido su identidad en el tránsito de un lugar a otro. Sin embargo estas aseveraciones generalizan demasiado la diversidad de experiencias y procesos de los migrantes.

Dentro de las múltiples dimensiones de la acción humana se encuentra la capacidad de dar forma a su visión de mundo por medio de la transformación material y simbólica de los espacios, a través de un proceso de apropiación y arraigo.

Por ello, la migración por sí sola implica todo un proceso de construcción-reconstrucción de la identidad del migrante; el atreverse a cruzar “la frontera”, como mencionamos anteriormente, es una experiencia de ruptura y de desarraigo de por sí dolorosa y difícil para quien la lleva a cabo.

El tener la membresía de “extraño” coloca al migrante en una situación de desventaja y desconocimiento tanto de los espacios geográficos como de las prácticas, normas, reglas y códigos propios del lugar. Esto lo hace un “otro”, un “extraño”, un “enemigo”, del cual habrá que defenderse mediante la exclusión, el rechazo y la discriminación.

Y es justamente el sentido múltiple que se le da al espacio para permanecer, cambiar y trascender en él, por lo cual la asamblea es un espacio multiregional e interregional basado en el sistema de cargos, que retoman de los sistemas organizativos de sus comunidades de origen.

Se aprovecha la estructura comunitaria como una alternativa tanto para ellos mismos como para la ciudad, pues además de tratar de reproducir la vida comunitaria en la ciudad, lo que se pretende también es cambiar la imagen que la gente de la ciudad tiene de ellos, cambiar en la práctica el concepto de lo indígena, que ya no sea mirado únicamente como un problema y se le siga tratando de manera asistencial, sino que la ciudad agregue el valor de la riqueza cultural de los pueblos indígenas a su funcionamiento dentro de un proyecto incluyente.

Pretenden construir herramientas que favorezcan a los migrantes y a los indígenas en general, y no tener una función corporativista, es decir, brindar un espacio en donde se recree la vida comunitaria, que sirva de red para las personas que van llegando a la ciudad, y así mismo aportar económica y socialmente a las comunidades de origen por medio de la recolección de fondos en actividades como las fiestas y las obras públicas.

A pesar de los avances que estos grupos han logrado, el reconocimiento de la presencia indígena en la ciudad es una actividad aún por

realizarse, ya que involucra a las instituciones del gobierno del Distrito Federal, a las instituciones académicas y a los propios pueblos, dado que la definición del perfil indígena de la ciudad está todavía en construcción, e implica que los pueblos estén en posibilidades de decidir quiénes son, cuántos son y cómo se llaman a sí mismos.

Ser parte de esta gran comunidad indígena del país y de la lucha por el reconocimiento de los derechos indígenas a escala nacional, pero particularmente de los indígenas en zonas urbanas.

Migrar ya no sólo implica ser absorbidos por la ciudad sino constituye también una posibilidad para la reproducción identitaria y el desarrollo.

Ser indígena y ser migrante en la Ciudad de México

En el caso que nos ocupa es importante tomar en cuenta los elementos de lo que implica el proceso migratorio —el ser migrante—, además de que se suma a esta situación otro elemento causante de una doble discriminación, la pertenencia étnica, el ser indígena. Identidad que ha sido definida desde la exclusión, pues el sujeto que migra no cuenta con ninguna posibilidad de reproducirse de acuerdo a su propia identidad y cultura, sino más bien se le orilla hacia la pérdida de las mismas, llevándolos mediante la negación de su diferencia y necesidades culturales hacia un proceso de anomia, alienación y fusión con el nuevo lugar.

Por ello, referirnos a la identidad de los sujetos indígenas que migran hacia el interior o exterior de distintas partes de la República, es retomar las cuestiones históricas que los construyeron desde los discursos del poder como identidades disminuidas y desvalorizadas dentro de las relaciones sociales; es decir, la identidad indígena tiene un constructo histórico fundado en la invisibilidad y la desvaloración de sus culturas, lo cual ha llevado a estos grupos a automirarse y autoadscribirse como pobres, miserables e ignorantes, sin posibilidad alguna que les permita superar esa condición.

En este sentido, no podemos referir la identidad indígena a un mero archivo de costumbres y tradiciones que han estado ahí por siempre,

congeladas en el tiempo, sino por el contrario, la identidad indígena se refiere a toda una expresión de experiencias históricas de las poblaciones originarias, su conquista y transformación de prácticas, aun en lugares nuevos.

Por ello no podemos hablar de la gran y única identidad para todos los pueblos indígenas. En nuestro país existe una gran diversidad de culturas y etnias, las cuales comparten un mismo espacio geográfico que puede convertirse en espacio de convivencia o de disputa, de intercambio o de conflicto. Espacios multiculturales en donde se encuentra una gran diversidad de formas de escuchar, comunicar, representar y de mirarse y mirar al mundo.

Si bien es cierto que los pueblos indígenas han atravesado por una serie de transformaciones históricas, políticas y culturales que han diversificado su concepción, también es cierto que permanecen elementos identitarios en común para la mayoría de ellos, ya sean éstos reales o imaginarios, tales como lengua, cultura, religión, costumbres, formas de organización, territorio compartido, usos y costumbres, ritos, mitos, formas de concebir el mundo, entre otros.

Por tanto, la identidad se construye dentro de un nicho social que está determinado por la posición de sus actores, pero también un espacio donde el sujeto demarca su voluntad y autonomía, es decir, donde el sujeto quiere ser reconocido por otros para poder existir socialmente como parte y a la vez como distinto.

La pertenencia de cada individuo siempre es múltiple, por lo que su vida transita de forma simultánea en varias de estas colectividades dentro de las cuales las relaciones sociales que se establecen también forman parte del proceso de producción y reproducción de la identidad.

Para Giménez (1998) la identidad es un conjunto de repertorios culturales interiorizados (representaciones, valores, símbolos) a partir de los cuales los actores sociales (individuales o colectivos) demarcan sus fronteras y se distinguen de los demás en una situación determinada, todo ello dentro de un espacio históricamente específico y socialmente estructurado; es decir, la identidad es el resultado de un proceso de identificación en el seno de una situación relacional.

Los ejercicios de resistencia, reconocimiento y reinención son también generadores de diversidad en esa especie de dialéctica que se da por

la diversidad de las formas y estrategias de los grupos que intentan imponer y homogeneizar las prácticas y expresiones culturales de los grupos sociales.

Las formas creativas de respuesta social son una reivindicación cultural que promueven la conservación de la identidad histórica y al mismo tiempo la construcción de formas alternas de identidad y cultura, expresadas en las demandas, acciones y prácticas de los sujetos sociales; es decir, que en este proceso de la defensa y la recreación de la identidad, se sintetiza la historia de los grupos sociales, de sus deseos de construcción de formas que superen los intentos homogeneizadores de lo cultural, bajo la búsqueda del ejercicio de su autonomía y su derecho a ser.

Las identidades han servido como trincheras de resistencia y sobrevivencia ante las situaciones de exclusión y dominación.

[...] entendimos desde la experiencia propia de cada uno de la vida comunitaria, coincidimos en nuestro lenguaje de la vida comunitaria y nuestra identidad. Finalmente nos agregamos, juntamos y sacamos la chamba (zapoteco, AMI).

El tema de la reproducción de la identidad es muy amplio y toca diversos aspectos, uno de ellos, al que se debe dar importancia, son las expresiones culturales como las fiestas, la creación de artesanías, la gastronomía, en lo visible y en lo invisible en las prácticas cotidianas y en su forma de relacionarse entre ellos y los otros, que no sólo sirven como elementos curiosos y de folclor dentro de las actividades de estos grupos.

La identidad de los migrantes en estos tránsitos se transforma y se modifica por el simple hecho de enfrentarse a lenguajes simbólicos distintos a los de su universo cultural, que les obliga redefinir su identidad y a rearmarse e identificarse con otros en el nuevo espacio de arribo.

Ser indígena migrante conlleva la posibilidad de permanecer y cambiar al mismo tiempo, pues si bien es cierto que se trata de reivindicar una identidad-memoria, del lugar de origen, es innegable que el sentido de la afectación y transformación a su repertorio cultural ha transformado

sus identidades construyendo nuevas en función de los intercambios sociales

Es decir, ser indígenas migrantes, y además reivindicar estos dos aspectos, lo indígena y la migración, ha sido uno de los grandes retos de esta organización, pues por un lado significa reconstruir y dialogar con constructo social e histórico acerca de lo indio, y por otro basar su premisa en el derecho a ser diferente, mas no exclusivamente en sus comunidades rurales, sino en todos los lugares en donde estuviesen presentes; esto pone en cuestionamiento las identidades de la gente que migra, esto es, el derecho de migrar y poder conservar y reproducir la particularidad de su identidad.

Lo comunitario como estrategia de reproducción social

En el caso de la asamblea hemos tenido diferencias como cualquier otra comunidad, pero no tan graves y yo diría que se debe sobre todo a que a diferencia de las comunidades de origen tú no escoges dónde nacer, nosotros elegimos la asamblea para nacer (Nahua, AMI).

Tener como referente una idea imaginaria de comunidad, en donde la cuestión territorial de carácter geográfico es diferente, y ante la necesidad de un territorio que les pertenezca, hace que la apropiación de la ciudad como un espacio conocido y afectado por ellos a través de sus diferentes actividades, acciones y expresiones, se vaya transformando en un territorio compuesto de fragmentos que les son propios por su presencia y persistencia, reconocidos por el conjunto social y por ellos mismos.

La apropiación del territorio, según Giménez (1998), puede ser de dos formas: de carácter *instrumental-funcional* o *simbólico-expresivo*. En el primero lo utilitario es lo importante, el segundo se perfila como soporte de identidades individuales y colectivas; el territorio también tiene la característica de ser envoltorio de las relaciones de poder (Giménez, 1998:5).³

³ Gilberto Giménez, *Territorio, cultura e identidades, La región sociocultural*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, 1998, p. 5.

Partiendo de estas consideraciones, podemos encontrar en la experiencia de los miembros de la Asamblea de Migrantes Indígenas, que en su definición como migrantes indígenas de la ciudad señalan su adscripción a un espacio distinto de la comunidad, una apropiación de la urbe como lugar en donde se encuentran y se decantan sus vidas en espacios privados y públicos en la convivencia comunitaria, familiar, grupal y en la actividad política.

Es en la condición de exclusión que cobran significación la comunidad y lo comunitario convirtiéndose en la frontera identitaria, es decir, la evocación de una comunidad imaginaria dentro de la ciudad que sirve de referente para la generación de estrategias, prácticas y formas organizativas que les permita ir creando lo que para ellos es ser comunidad dentro de la ciudad.

Por lo cual, la cuestión de los espacios y la idea de un territorio físico como referente son importantes en dos sentidos, el material y el simbólico. El proyectar lo comunitario como práctica no sólo política sino también cotidiana nos muestra que se intenta iniciar un proceso de construcción de una forma de comunidad, es decir, una comunidad proyecto, en construcción y distinta de sus comunidades de origen, aunque mantengan con esta última una vinculación y un modelo.

Una de las estrategias fundamentales al respecto de estos nuevos espacios, es la reproducción identitaria en donde la reproducción-fortalecimiento de sus formas culturales como autoridades tradicionales, instituciones comunitarias, expresiones culturales y lenguas, posibilitan recuperar su identidad, revalorar y reivindicar su herencia cultural, junto a un proceso de construcción de nuevas identidades indígenas.

En el caso de los migrantes indígenas en la Ciudad de México, la defensa de los bienes culturales constituye una de sus principales características. La ayuda que recibe el migrante indígena por coterráneos ya establecidos es fundamental para fortalecer la identidad fuera de la comunidad de origen, lazos que sirven no sólo como elemento de convivencia sino que desempeñan un papel fundamental de ayuda y cooperación para no perder formas tradicionales de reproducción cultural, es por ello que la necesidad y la posibilidad de organización adquiere una importancia central, ya que ésta se convierte en un espacio a través del cual se posicionan ante el contexto en el que viven.

[...] y mi mamá es nahua, pero ella dice que en ese tiempo la regañaban mucho y fue muy horrible porque mi abuelita me cuenta que si hablaban en ese idioma les pegaban o las maltrataban mucho, a la fecha ya hizo conciencia de que es importante el idioma, pero en esa época decidió no volver a hablar el idioma (nahua, AMI).

Durante el largo periodo de prácticas migratorias se han logrado consolidar redes organizadas de apoyo para quienes migran, se han establecido comunidades filiales o asentamientos intermedios que sirven como lugar de arribo y plataforma de las rutas de migración. Representan una expresión de las estrategias para poder hacer más efectiva esta práctica; además los migrantes en general han logrado construir formas de organización y vinculación con la finalidad de mantener sus prácticas comunitarias y promover la cultura, generan también estrategias de apoyo para el desarrollo de sus comunidades de origen y los nuevos lugares donde se establecen.

Con el tiempo, la red de relaciones tejidas se ha hecho más compleja, de manera que los migrantes participan cada vez más activamente de la construcción de las relaciones sociales dentro y fuera de la AMI.

El hecho de que sus miembros participen de otras organizaciones e instituciones gubernamentales posibilita vínculos y constituye una posibilidad de acceso a relaciones capitalizables para sus actividades y proyectos.

En este sentido, también han construido redes nacionales y transnacionales, a través del uso de las nuevas tecnologías, para vincularse y sumarse al movimiento indígena, ampliando su red de relaciones para el intercambio de experiencias, problemáticas, proyectos y demandas que les posibiliten unir esfuerzos y coordinar acciones que puedan generar mayores impactos en la transformación de la sociedad.

Las organizaciones indígenas adquieren un doble sentido funcional, uno de carácter público y otro privado. En el caso de la AMI, lo público se establece mediante las acciones o actividades que promuevan la visibilidad de sus expresiones culturales, al posicionar su distinción identitaria como estrategia de negociación con las instituciones gubernamentales y no gubernamentales y en la convivencia con el resto de la población urbana. El espacio de lo privado se da en las relacio-

nes cotidianas intramuros, fuera de la mirada de los externos, en donde se establece una interacción entre sujetos de relativa igualdad.

Estas formas de organización y redes de apoyo también son expresión de una necesidad de tener mayor capacidad como grupo para resolver diferentes problemáticas, grupos que frente a la falta de políticas que atendieran adecuadamente su circunstancia y necesidades han tenido que fortalecer su organización para hacer frente a esta situación y que con el empuje recibido por la presencia de otros movimientos indígenas recientes han podido avanzar en cuanto a visibilidad y reconocimiento de las instituciones de gobierno, lo que no significa un real compromiso por parte de estas últimas respecto de lo concerniente a sus demandas jurídicas y educativas.

La magnitud del número de migrantes y sus organizaciones ha logrado su visibilidad en diferentes niveles, tanto entre los grupos de este sector como al resto de la sociedad, desmantelando el aislamiento geográfico en que se encontraban, y ha servido para combatir la discriminación de que han sido objeto.

Por ello es importante observar cómo estos sujetos sociales expresan también como objetivos el que se reconozca a sus formas organizativas como figuras jurídicas y con autonomía, además de buscar a futuro contar no sólo como sector, sino como diversidad cultural, representación por ellos mismos en el gobierno de la ciudad, a pesar de no haber nacido en ella.

En este sentido, los primeros migrantes y los de segunda y tercera generación representan un reto para todas las organizaciones indígenas de carácter nacional y político, ya que si bien mantienen vínculos con las comunidades de origen, la demanda fundamental de las organizaciones del movimiento indígena nacional –autonomía con un fuerte fundamento territorial– no contempla en los hechos formas para que los migrantes accedan por esa vía a sus derechos como indígenas.

En esta perspectiva, lo organizativo y lo comunitario se nos presenta como una estrategia que los migrantes descubren como forma de satisfacer una necesidad de contacto con los suyos, pero que además sirve para reconstruir y reforzar los lazos sociales y el sentimiento de pertenencia: a su comunidad de origen, a su grupo étnico, a una

colectividad particular dentro de la ciudad o a una organización más formal.

[...] en ese sentido se trata de forzar para que sea en marco de lo comunitario, pero es complejo, como que cada quien tiene su propio concepto y eso pues diferencia, y se vuelve aún más reto porque en una comunidad, como en la mía, hay una estructura de cargos que todo mundo entiende, que primero son topiles, y luego otros cargos, se va construyendo un parámetro, un cierto estándar, pero al hacer este ejercicio más abierto se vuelve más complejo, porque cada quien trae un concepto, una idea de lo comunitario (mujer nahua, AMI).

Estas expresiones culturales les han servido para promover y visibilizar aquello que los caracteriza, también obtener recursos económicos para proyectos específicos (ya sea en su comunidad de origen o en la ciudad), así como fortalecer tales expresiones y por tanto su identidad al exterior e interior de sus grupos. Lo esencial es que al promover la participación de sus propias colectividades en estas actividades pueden conservar sus tradiciones y cultura por medio de su práctica, es decir, una estrategia de la reproducción de sus identidades.

En esta lógica, la organización en torno a las cuestiones comunitarias ha significado una estrategia importante de reproducción, ya que ha sido una manera de involucrar a las nuevas generaciones. Los jóvenes que participan en la AMI son familiares de personas que han pertenecido a la organización o continúan en ésta, o han participado en otras organizaciones a las que también sus padres pertenecen o pertenecieron.

Por tanto, mantener contacto con la comunidad de origen, participar en las actividades culturales de sus grupos, así como la cercanía a experiencias organizativas y la participación en éstas son factores de gran importancia que posibilitan la reproducción de lo indígena, si bien no aseguran que todos los indígenas, ya sean migrantes o no, estén interesados o se involucren en estos procesos.

El proyecto de lo comunitario deja de ser sólo proyecto y da paso a la acción de una comunidad en construcción, una comunidad dife-

rente y en estrecha relación con los cambios que estos sujetos han experimentado, a la vez esta nueva idea y representación de la comunidad le va dando contenido a su identidad. Su sentido, así como las estrategias que se desarrollan se vuelven indispensables para la reproducción de su identidad como “indígenas migrantes”, algo que les permite ser.

El que su énfasis lo pongan en su condición de migrantes denota la importancia que para ellos ha tenido esta experiencia y además marca una diferenciación tanto de aquellos que permanecen en la comunidad de origen como de otros grupos del contexto urbano; su identidad se ha construido entre la experiencia de la migración y la necesidad del reconocimiento de su diferencia cultural, sus necesidades y condiciones de vida como sector particular dentro de la ciudad. Una identidad que los constituye y que además se convierte en instrumento de negociación política.

Otra característica de la organización es que cuenta con un espacio de carácter privado, en el que la pertenencia se erige como frontera social, lo cual permite el encuentro entre sujetos “iguales” o similares en un lugar considerado como propio; lo sustancial en esto es la necesidad de marcar esos límites sociales, simbólicos y físicos con los otros, es decir, la diferencia.

Además de los elementos anteriores encontramos que los cambios en los roles, las actividades, los recursos (económicos y de conocimiento) y la diversidad de sujetos que participan también determinan las particularidades de los procesos de reproducción identitaria.

Uno de los elementos importantes para la construcción y transformación de la identidad del indígena migrante es cómo éstos se incorporan al sistema económico; por un lado están los que se insertan en los servicios: obreros, empleadas domésticas, trabajadores de la construcción o en el sector informal, y por otro los que han logrado tener acceso a la preparación escolar, a instituciones académicas, gubernamentales, empresas, organizaciones no gubernamentales (ONG) y a espacios de los que antes se encontraban excluidos. Los diferentes espacios de inserción influyen en las formas en cómo estos sujetos participan dentro de la ciudad y en sus colectividades.

Podemos poner ejemplos muy claros referidos a la organización en que nos hemos centrado. En el caso de las mujeres que participan directamente en la organización, cuentan con una preparación que les permite fortalecer sus tareas.

En el Comité General, que es la autoridad máxima en su organigrama, han estado presentes las mujeres, pues como ellos mencionan: “las mujeres hacen más recio el andar y el trabajo, porque no dejamos de ser madres, esposas, amantes, abuelas, y sin embargo nuestro trabajo, aparentemente invisible, es uno de los más importantes para esta organización (mujer mixteca).

La convivencia en igualdad de condiciones, que por lo general se establece con los paisanos y en la cual puede construirse un sentido colectivo que genere acciones o derive en proyectos y propuestas más o menos claras respecto del contexto social en el que interactúan, se traduce, en el caso de la AMI, en la demanda por la apertura y el reconocimiento de espacios autonómicos que posibiliten su reproducción cultural y organizativa como base para una verdadera convivencia intercultural entre las diferentes colectividades y sectores que componen y constituyen la ciudad.

Los conflictos al interior de la organización no son muy diferentes de los de otras organizaciones: uso de recursos, toma de decisiones, cumplimiento de funciones, etc. Sin embargo, el acento recae en la idea de la comunalidad o lo comunitario.

El desafío para lograr este diálogo intercomunitario van más allá de sus contradicciones al interior y en lo cotidiano, pues la falta de garantías en el sistema político para los indígenas, un imaginario social cargado todavía de estigma y racismo hacia estos sujetos, la inequidad entre géneros, los usos y costumbres, las propias limitaciones de los indígenas ante la persistencia de concebirse como sujetos disminuidos, son las cuestiones que se tienen que replantear y cuestionar para avanzar en la lucha por lo indígena y por el diálogo.

En este sentido nos parece que aún faltan caminos por trazar, pues no se trata únicamente de un reconocimiento de lo indígena por parte de las autoridades y los gobiernos tanto locales como nacionales o de la sociedad en general; se trata más bien de un ejercicio de reconocimiento propio como indígena en la ciudad.

No obstante, hay que reconocer los logros y avances que este tipo de organizaciones han traído en las ciudades, pues a pesar de las condiciones adversas de todo lo que implica la ciudad y sus procesos de desarticulación social, como incertidumbre, violencia, pobreza, segregación social, etc., han logrado darle otro sentido y usos múltiples al espacio urbano, en donde se posibilita construir lo propio y el futuro.

En este nuevo sentido que se le da a los espacios de la ciudad, se ha alcanzado a introducir y consolidar una presencia de lo indígena y de los migrantes como estrategia política y plataforma de los proyectos para las nuevas generaciones.

La importancia de la ampliación de esta red de relaciones radica en que posibilita una mayor interacción y participación social dentro de la ciudad, las cuales se encuentran cruzadas por la diferencia cultural por lo que también establecen una especificidad en cuanto a los intercambios con las instituciones, haciendo escuchar sus propias voces y exigiendo que éstas sean revaloradas de forma que posibiliten un diálogo intercultural que rompa con los esquemas de subordinación:

La ciudad es tierra de muchas ilusiones, que sembramos en la imaginación para seguir permaneciendo, estamos aquí lejos de nuestra tierra... dando muestras al mundo de que hay formas diferentes de convivir, hay formas alternativas de capital... de ser... de soñar... de existir (hombre zapoteco, AMI).

A manera de conclusión

Aunque la presencia de los pueblos indígenas ha sido cada vez más visible dentro de la Ciudad de México, también es cierto que la negación y la exclusión siguen presentes, al ver a los indígenas como sujetos aislados, marginales, distantes y ajenos al desarrollo nacional; ésta es una mirada que se sigue presentando a pesar de las redes, grupos, relaciones sociales y espacios que éstos sujetos han construido en su estancia en las ciudades.

Estos y otros problemas que viven los indígenas migrantes hacen que el panorama de su situación se torne cada vez más complejo en la medida de que si bien luchan por la vivienda, por la salud, por la educación, etc., también lo hacen por la autonomía, la autodeterminación, la reivindicación de su identidad, la defensa de sus derechos, y sus formas de organización.

Muchas organizaciones indígenas, sobre todo en los últimos años, han buscado el reconocimiento de sus formas identitarias y a la vez han expresado su aspiración a pertenecer y participar de la Ciudad de México en un diálogo y convivencia intercultural donde se reconozcan y se respeten sus prácticas comunitarias.

Esto quiere decir que más allá de la convivencia o enfrentamientos multiculturales, lo que se pretende es una relación intercultural que les permita ser enseñados y aprendidos por el otro o los otros,

una cualidad que puede tener cualquier persona y cualquier cultura a partir de una praxis de vida concreta en la que se cultiva precisamente la relación con el otro [otro distinto] de una manera envolvente, es decir, no limitada a la posible comunicación racional por medio de conceptos, si no más bien en el dejarse “afectar”, “tocar”, “impresionar” por el otro en el trato directo de nuestra vida cotidiana (Fornet 2002:18).⁴

La interculturalidad está caracterizada por la actividad, no es un proceso que se dé en un espacio inamovible, implica siempre un diálogo, una comunicación, de escucha de demandas y necesidades de todos, así como el intercambio, lo cual permite el consenso y los acuerdos para llegar a propuestas y proyectos alternativos para afrontar y resolver las necesidades del colectivo.

La diferencia de estas “nuevas” formas de interrelación social de los migrantes indígenas es que no se limita únicamente a generar espacios exclusivos para integrantes de un solo pueblo, región o lengua, sino que se amplía y abre hacia el intercambio de la diversidad de culturas:

⁴ Raúl Fornet Betancourt, “Filosofía e interculturalidad en América Latina”, *Interculturalidad, sociedad multicultural y educación intercultural*, Castellanos Editores, México, 2002, p. 18.

[...] es que no se trata de hacer un nicho y cerrarse a una forma de conocimiento en particular, pues de lo que se trata es de romper con el viejo paradigma de que somos comunidades cerradas, de lo se trata es más bien de convivir interculturalmente, en donde se puedan construir opciones para todos, indígenas y mestizos (mixe, AMI).

Este ejercicio de construcción es sin duda uno de los grandes retos de los pueblos indígenas, ya que no se trata de crear un proyecto único y homogéneo aplicable para todos, si no más bien se trata de la construcción desde lo local y desde las propias necesidades y en la vida cotidiana, ya que es ahí donde se crean y desarrollan posibilidades y potencialidades de la acción participativa.

La idea no es crear una imagen idealizada de esta situación, pero sí señalar que existe un cambio en la representación de la mujer en donde el rol de subordinación al varón se agrieta y abre nuevas posibilidades en las relaciones de género y familiares que a final de cuentas se relacionan con las formas de reproducción social y por lo tanto identitaria.

Esto ha permitido tanto a hombres como a mujeres participar en la organización y compartir el liderazgo de sus luchas y establecer un diálogo y una participación más equitativa con las personas que se relacionan.

Lo que nos muestra lo anterior es que los recursos culturales y de conocimiento con los que se cuenta, han llevado a este grupo a generar discursos, ideas y proyectos más elaborados respecto a la construcción de una conceptualización propia, una autorrepresentación que de alguna manera participa en la construcción de su diferencia social.

Esto también refleja una necesidad de la realidad social y forma parte de los procesos locales, nacionales e internacionales, donde los diferentes sectores y grupos indígenas se han visto en la necesidad de buscar, establecer y fortalecer vínculos entre ellos y con los demás sectores para poder avanzar en sus luchas, las cuales tienen que ver con una condición tanto local como global en la que se comparten problemáticas y desventajas similares, por lo que la construcción de redes sociales en torno a la búsqueda de soluciones posibles será más eficaz en la medida que estas redes sean más amplias y su participación más activa.

Es por lo anterior que en algunos casos, como el de la AMI, la necesidad de agruparse para la realización de un proyecto y la satisfacción de la convivencia con sus paisanos superan los gremios exclusivos de miembros de una sola comunidad o etnia.

En este sentido, la convivencia en los niveles micro, en las relaciones más concretas, es en donde se construyen los gérmenes de la interculturalidad, no en las relaciones imaginarias que borran los rostros de los sujetos al abstraerlos en una serie de estereotipos, de imágenes que se convierten en limitaciones para poder conocer al otro. La interculturalidad no es una propuesta teórica o un descubrimiento social, es una posibilidad de convivencia que se nos ofrece en la realidad porque se está dando, por la convergencia de quienes se identifican con la necesidad de construir una participación más equitativa y están dispuestos a transformarse y transformar su percepción de los otros a través de la relación y la participación alrededor de una tarea compartida.

Sin la falta de asideros colectivos se genera una sensación de desamparo frente a la ciudad, el remedio entonces es volver a entretejer lazos aglutinadores con otros indígenas migrantes para inventar una identidad grupal.

Ante este horizonte es crucial mantener formas novedosas y creativas de seguir en la lucha por la identidad indígena con la esperanza y los sueños que hagan visible a la sociedad y al sistema político el rostro, la voz y la presencia de los pueblos indígenas en la nación.

Finalmente podemos concluir algo. Los espacios de interacción y expresión de los indígenas, en donde quiera que éstos se encuentren, son espacios de posibilidad de reproducción de sus culturas, pero también de la creación de una nueva cultura e identidad india. Los espacios apropiados y construidos por ellos son parte de las plataformas de autonomía y diálogo intercultural.

[...] contrario a lo que algunos analistas o antropólogos dicen –y no tenemos nada en contra de ellos–, que no es posible reproducir las prácticas comunitarias en la ciudad, porque quizás quieren ver todo un pueblo, quieren ver toda una comunidad trasladada a la ciudad, nosotros decimos que como comunidades, estamos los zapotecos,

los mixes, los wirraricas, los triquis y nos podemos ver, aunque no tenemos territorio, pero nos apropiamos en un momento dado de un parque, de un deportivo, para poder hacer esto, o hacer lo otro, finalmente reproducimos nuestra culturas aunque con algunas modificaciones por el medio que nos rodea (Sánchez *et al.*, 2005:287).⁵

...dicen por ahí que un indio sin tierra es un indio muerto... ¿entonces estamos muertos?... no, más bien apenas estamos soñando cómo nos reconstruirnos en un espacio distinto.

Hombre mixteco, AMI

⁵ Patricia Sánchez Santiago *et al.*, “Sobre la experiencia y el trabajo de las organizaciones indígenas en la Ciudad de México”, *Ciudad, pueblos indígenas y etnicidad*, UCM, México, 2005, p. 287.

Bibliografía

- Arizpe, Lourdes (coord.), “Los retos culturales de México”, Porrúa, México, 2004.
- Auge, Marc, *Los no lugares, espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, México, 1998.
- Atilano Flores, Juan José, *Entre lo propio y lo ajeno: la identidad étnica local de los jornaleros mixtecos: estado del desarrollo económico y social de los pueblos indígenas en México*, Serie Migración indígena, Instituto Nacional Indigenista, México, 2000.
- Almeyra, Guillermo, “Lo político y la política en la mundialización”, *Redefinir lo político*, UAM-Xochimilco, México, 2002.
- Borón, Atilio, “La sociedad civil después del diluvio neoliberal”, *La trama del neoliberalismo*, Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, Cuba, 2003.
- Barceló, Raquel y Martha Judith Sánchez (coords.), “Migración y etnicidad: reflexiones teóricas y estudios de caso”, *Diversidad étnica y conflicto en América Latina*, vol. 3, Plaza y Valdés / UNAM, México, 1998.
- Castoriadis, Cornelius, *El mundo fragmentado*, Altamira, Argentina, 1993.
- Concheiro, Luciano y Roberto Diego, “La madrecita Tierra”, *Memoria*, núm. 60, México, 2000.
- De Lira, Andrés, *Comunidades indígenas frente a la Ciudad de México, Tenochtitlán y Tlatelolco, sus pueblos y sus barrios, 1812-1919*, El Colegio de México / El Colegio de Michoacán, 1983.
- Díaz Polanco, Héctor, *Autonomía regional*, Siglo XXI Editores, México, 1996.
- , “Pueblos indios, autonomía y territorialidad”, *Redefiniciones 1*, UAM-Xochimilco, México, 1994.
- Fornet Betancourt, Raúl, “Filosofía e interculturalidad en América Latina”, en *Interculturalidad, sociedad multicultural y educación intercultural*, Castellanos Editores, México, 2002.
- Flores Félix, Joaquín, “Los pueblos indios en la búsqueda de espacios”, *Cuadernos Agrarios*, núms. 11-12, UAM-Xochimilco, diciembre de 1995.

- García Canclini, Néstor, Alicia Castellanos y Ana Mantecón, *La ciudad de los viajeros*, Grijalbo, México, 2000.
- Giménez, Gilberto, “Identidades sociales, identidades étnicas”, en Héctor Díaz Polanco *et al.*, *Interculturalidad, sociedad multicultural y educación intercultural*, México, 2002.
- , *Territorio, cultura e identidades. La región socio-cultural*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, 1998.
- , “Los movimientos sociales, problemas teórico-metodológicos”, en Los actores y sus formas de organización, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XLIII, núm. 2, UNAM, México, 1999.
- Kearney, M., “La comunidad rural oaxaqueña y la migración: más allá de las políticas agraria e indígena”, *Cuadernos Agrarios*, núm. 9-10, México, 2000.
- Rubio, Millán y Gutiérrez (coords.) *La migración en México*, Colección Migración Indígena, INI, México, 2000.
- Ruiz de la Peña, Alberto, *La marginalidad social. Su problemática en la Ciudad de México*, UNAM, Coordinación de Humanidades, Centro de Estudios sobre la Universidad, México, 1977.
- Sánchez Santiago, Patricia *et al.*, “Sobre la experiencia y el trabajo de las organizaciones indígenas en la Ciudad de México”, *Ciudad, pueblos indígenas y etnicidad*, UCM, México, 2005.
- Tzvetzan, Todorov, *Nosotros y los otros*, 3a. ed., México, Siglo XXI Editores, 2003.
- Walsh, Catherine, “(De)construir la interculturalidad. Consideraciones críticas desde la política, la colonialidad y los movimientos indígenas y negros del Ecuador”, *Interculturalidad y política*, Universidad del Pacífico, 2002.
- Warman, Arturo, *Los indios mexicanos en el umbral del milenio*, FCE, México, 2003.
- Wayne A., Cornelius, *Los inmigrantes pobres en la ciudad de México y la política*, FCE, México, 1986.